

Datos del incendio de 1813

Por G. MANSO DE ZUÑIGA

La conmemoración del sitio, saqueo e incendio de la Ciudad de San Sebastián ha motivado la apertura de una exposición en la que se han concentrado numerosos objetos y documentos de aquella época, unos ya anteriormente expuestos y otros de los que sólo tenía conocimiento el sector muy reducido de sus propietarios. De este último lote merecen especial mención unas cartas conservadas en el archivo de D. José Manuel Brunet (q. e. p. d.) y un artículo aparecido en el periódico de Cádiz "El Duende de los Cafés" el 27 de setiembre de 1813, o sea, a los veintiocho días del catastrófico incendio y saqueo de la capital de Guipúzcoa. Por tratarse de piezas desconocidas del público, hemos creído conveniente publicarlas.

• • •

Ante el temor de que en la liberación de la Ciudad por los ejércitos aliados pudiera haber víctimas entre la población civil, numerosas personas se trasladaron a los pueblos cercanos e incluso hasta Lequeitio y Vitoria, desde donde con impaciencia se escriben intercambiando datos que les hicieran saber de sus familiares y de los bienes dejados tras de sí en su apresurada huida.

Así don J. S. Iradi escribía desde Zarauz el 27 de julio de aquel año a los jóvenes hermanos Brunet, que se hallaban en Lequeitio, diciéndoles *"que antes de ayer atacaron los ingleses y portugueses por la Brecha y despues de haber entrado dentro y hecho fuego vivo tuvieron que salir habiendo dejado una Compañia de granaderos prisioneros y con pérdida de 3 a 400 hombres entre muertos y heridos. Yo temo mucho y estoy compadecido de los pobres habitantes que han quedado dentro de los muros, porque además de que les han incomodado extraordinariamente haciéndoles trabajar sin distinción en todo lo necesario, corre la voz de*

que les han obligado a tomar las armas y que los han puesto junto a la Brecha. A lo menos así lo dicen los ingleses y portugueses que estuvieron en el ataque.”

Por su parte un J. L. Bidaurreta escribía desde Aya el 30 de julio manifestando que “*Soult con Abbe y Clauzel con 30.000 hombres pasaron el 26 por Roncesvalles hasta Zabaldica para liberar Pamplona, pero el Lord pidiendo la Caballería que tenía en Falces y Tafalla les hizo retroceder el 27 con pérdida de 3.000 muertos y 3.000 prisioneros*”. Este encuentro, que tuvo lugar principalmente en tierras de Zabaldica y Arleta, es conocido en la Historia por la batalla de Sorrauren, cuyo éxito a favor del ejército anglo-español trajo como consecuencia la rendición de la capital de Navarra.

Ignorante de esta batalla, D. Sebastián Sanz escribía desde Tolosa en el mismo día muy alarmado que “*Soult que trae 50.000 hombres con toda la Gabachada ha de caer y también el bárbaro e inhumano Napoleon*”.

Los donostiarras hallaban igualmente ocasión de enviar noticias a Lequeitio y por uno de ellos, llamado don Santiago Lázaro, se supo en la villa vizcaína que “*Santi Velsa y una nodriza murieron en el bombardeo*” por carta escrita el 2 de agosto.

Por su parte, don J. A. Elícegui enviaba desde Irún el 13 de agosto noticias alarmantes del mal estado en que se hallaban las tropas diciendo que “*Castaños ha dejado ya el mando del Ejército y le ha reemplazado Freyre. Ayer el Lord dió un gran convite en Lesaca en celebridad del cumpleaños del Principe de Gales. Hace mes y medio que entraron los españoles y aun no han llegado las provisiones. El soldado está a media ración, muchas veces sin pan y otras tan mugriento que ni las bestias lo quieren comer. Los soldados esparcidos por los caseríos violentan y roban las casas. Por eso la clase de labradores se ve en este pueblo en el estado más deplorable. Les han despojado de su ganado, granos, cosechas y cuanto tenían*.” Si así se hallaban también los ingleses, extraña menos su conducta posterior al entrar en la capital.

Entre los que se habían alejado de San Sebastián no faltaban los que lamentaban haber salido precipitadamente en la creencia de una inminente rendición. Entre ellos estaba un R. Riera, que desde Usurbil escribía el 16 de agosto lamentándose desesperado de su situación y pidiendo “*doce varas de retorta para hacer tres camisas para mi y la mujer y seis libras de chocolate*”.

También se impacientaban otros huidos, como don Joaquín

Vicente de Echagüe, que no obstante haber fijado su residencia en Zarauz se acercó el 26 de agosto a los altos de San Bartolomé donde estuvo tres días con objeto de ver qué probabilidades de rendición había, y ante la resistencia del enemigo escribió descorazonado el día 29 diciendo "*principiaron el fuego contra San Sebastián por la parte del Juego de Pelota y para hoy es regular hayan abierto la tercera Brecha, pues ayer que estuve todo el día en un caserío de San Bartolomé, observé tenían casi desmoronada la muralla desde la casa de Miguel Lardizabal hasta la botadera de dicho Juego. Si ahora no se apoderan de la Plaza, ya pueden abandonar el Sitio y aguardar a que falten los viveres pues entonces es por precisión se entregarán*".

Al fin, dos días después, cayó la Ciudad y con ella las esperanzas de paz y felicidad de los donostiarros, pues si malo fue estar en manos del invasor, peor aun resultó la entrada de los liberadores. Por ello con fecha del 2 de setiembre se lamentaba don J. S. Claessens a don Ricardo de Bermingham diciéndole: "*contemplo a ud. sabedor de la desgraciada suerte de nuestra desgraciada San Sebastián donde el que no ha tenido incendiadas sus propiedades las ha tenido a lo menos robadas y saqueadas. A mi me ha tocado la desgracia de todo género y así no tengo valor de seguir este capítulo*".

Razón no le faltaba al Sr. Claessens, ni tampoco al Sr. Bermingham, al que por aquellos días le hizo saber su administrador que soldados ingleses armados de bayonetas le habían forzado a declarar dónde guardaba las 500 onzas de oro que le había dado a guardar su administrado.

También don J. V. de Echagüe, que había regresado al "choko", escribía lacónicamente: "*es imposible hacer una pintura de la barbaridad con que han tratado a los habitantes*" para terminar lamentándose de que a su madre le habían quemado seis casas.

Enterado de tal desastre escribía el 7 de setiembre desde Bilbao don Ventura Gómez de la Torre que nada le extrañaba de lo sucedido pues "*conocemos desgraciadamente lo que son estas cosas por lo ocurrido en esta Villa en agosto de 1808*", o sea, que fuesen franceses o fuesen ingleses las ciudades quedaban saqueadas.

Tan grande debió ser la resonancia que el incendio de San Sebastián tuvo en toda España que en la misma fecha escribía a don Ricardo de Bermingham don Miguel Vicente de Olazan desde Valladolid lamentando lo ocurrido, ya que no extrañándose, pues "*tenemos experiencia en Ciudad Rodrigo y Badajoz*".

Y finalmente llegó la noticia a Cádiz, donde, con fecha del 27 de setiembre, se publicó un artículo que decía lo siguiente:

EL DUENDE DE LOS CAFEES
DEL LUNES 27 DE SEPTIEMBRE DE 1813
S. SEBASTIAN DESTRUIDA,

Carta del Brujo Mirringui Velaverde.

Mi querido tío: en mis últimas cartas he indicado á vd. alguna cosa acerca de la cruel conducta que han tenido nuestros caros aliados en esta para siempre desgraciada ciudad. Pensé no pasar de estas indicaciones, en favor de la memoria de que el suelo que ha abortado á estos fieros destructores de una población digna de mejor suerte, ha sido cuna del ilustre y respetable Lord Wellington, Duque de la Ciudad Rodrigo. Sí, mi querido tío pensaba de este modo; pero el cúmulo de crueldades exercidas por estos hombres, de que casi he sido testigo, renovadas á cada instante con el espectáculo continuado que tenemos á la vista de los seres infelices que las sufrieron, me ponen en la necesidad de desahogarme un poco con una persona de toda mi satisfacción. No espere vd. que le enumere todos los hechos sanguinarios que tuvieron lugar en aquellos terribles y dolorosos días: no hay fuerza bastante en mi pluma para describirlas; pero le contaré tan sencilla como fielmente, aquellos que por su notoriedad merecen ser gravados en bronce para perpetua ignominia de los que los perpetraron.

A las 4 de la tarde del 31 último tomaron posesión de la plaza las tropas inglesas y portuguesas. Podían á continuación hacerse también dueños del castillo, entrando en él en pos del enemigo, que con el mayor desorden se refugiaba á este asilo; pero los conquistadores se contentaron por el momento con lo conseguido hasta allí, deslumbrados con el oropel que les presentaba la idea de un pronto saqueo. Los habitantes que desde un principio salieron á los balcones y ventanas á saludar y loar á los que creían ser sus libertadores, conocieron bien pronto el error á que les había conducido su natural consecuencia, y tuvieron un ligero presagio de los males que se les preparaba, encontrándose obligados á encerrarse dentro por el fuego que se les hacia en agradecimiento á su cortesía. En seguida entraron las tropas en las casas; y se contentaron en este día con dexarlas limpias de todo lo que tenía algun valor. El día 1.º del que rige se apoderaron de un espíritu de furia: ultrages, asesinatos y violacion de mugeres eran cometidos por

todos los puntos de la ciudad. Las casas se llenaron de cadáveres. La muger que oponía esfuerzos superiores al sexo, perdía la vida en el acto; y no se libertaba de esta violencia la niña de 10 años, ni la anciana de 60.

No podré señalar á vd. los que fueron víctimas de la furia de este segundo día, por ser demasiado grande el numero de ellos; pero le nombraré algunos de sus conocidos. Los sacerdotes septagenarios Goicoechea y Egaña: Xaviera la ama del cura Eriz: la suegra de Echaniz: Brevilla el platero: el posadero de la cárcel vieja: el chocolatero que tenía tienda en la casa de Izarramendi: el otro chocolatero casado con la criada de la conocida por LA BUENA MOZA, y, en fin, otros muchos que no nombro por no ser difuso.

Por lo que respecta á violaciones, me permitirá vd. no nombre ninguna en particular; pero para formar una idea de eso referiré un hecho acaecido á un íntimo amigo nuestro. Se hallaba en su casa de guardian de su inocente hija de edad de 12 años, y para libertarse de la ignominia de que hubiese sido testigo ocular, le valió tener 12 pesos fuertes, con que la rescató. Es imposible se averigüe nunca el número de mártires de virginidad de aquel terrible día, pues han sido quemadas y sepultadas entre las ruinas de las casas. Pero amigo, ¡qué contraste tan incomprensible se presentaba en aquel momento de horror, á la vista del padre de familia que se hallaba aun con espíritu para formar un discurso! Multitud de centinelas impedían la entrada y salida de las casas donde cometían toda la clase de crueldades, mientras que en las calles el prisionero francés, el verdadero enemigo, era regalado y obsequiado. Ni nuestra divina religión fué respetada. Las iglesias fueron saqueadas; y no habiendo encontrado en una de ellas el copón sagrado, recogido por precaución por su cura párroco, se dirigieron á la casa de este, y obligaron á que lo entregara, y las formas que contenía se esparcieron en el suelo. Movidó el cura de un celo religioso trata de recogerlas; pero al querer executar su piadosa obra es atropellado, se le despoja de sus vestiduras, y es echado á la calle á puntapiés y en cueros. Acude una muger á cubrirlo con una camisa, pero aun esta fue arrancada con violencia por aquellas fieras. En fin, baste decir á vd. que la imaginación humana no puede discurrir género de atrocidad, que no haya sido puesta en planta en aquel día, memorable para todo buen español.

La mañana del primero se dió principio al incendio, empezando

por una de las esquinas de la calle Mayor. Por la tarde pegaron fuego á la calle de la Escotilla: la mañana del dos á la del Puyuelo: en su tarde á la de Juan de Bilbao y á la plaza Nueva: en una palabra, la ciudad ha sido incendiada metódicamente, y á medida que se hacía la limpieza interior de las casas. El enemigo no ha hecho fuego ninguno en todo este tiempo; es decir en todo el que medió desde que se refugió al castillo, hasta la ruina total de la ciudad. Sin embargo se ha libertado de las llamas una acera de casas de la calle de la Trinidad, y estas son las que sirven en la actualidad de cuarteles.

Discurrimos sobre estos hechos, y nuestra imaginación se pierde en un abismo insondable... Entretanto no nos olvidamos del comercio que en tiempo de paz hacía S. Sebastián con la Francia, y que tanto perjudicaba al de la Gran Bretaña... Nos acordamos de que era una plaza marítima, y que con poco costo tendría un puesto muy regular baxo un gobierno sábio. Y no contribuye poco a estas claras observaciones la certidumbre de que el General Graham retirado á Oyarzun, no convidó á los pueblos inmediatos á que acudiesen á apagar el fuego de la ciudad hasta el quinto día en que todo estaba reducido á cenizas.

Este ha sido el fin lastimoso de un pueblo patriota que ha sabido conservar su adhesión á la justa causa en medio de las bayonetas francesas en el largo tiempo de cerca de seis años que se ha visto alejada y separada de un gobierno por quien suspiraba. Compadezcamos la suerte de Pamplona, Tortosa, Barcelona &c., si no tiene presente la catástrofe de S. Sebastian: y temamos que los de aquellos pueblos tomen las armas contra los sitiadores, si no se toman precauciones que les inspiren confianza pues no debemos olvidar que el español que desea defender sus hogares, es un enemigo respetable para el que pretende burlarse de sus virtudes.

Basta por hoy. Reciba vd. mi cordial afecto, y mande á su humilde sobrino Q. B. S. M. = Mirringui Velavarde.

Vanos fueron los esfuerzos que durante años hicieron los representantes de San Sebastián para que se les indemnizasen los daños sufridos y ni tan siquiera llegaron a ser recibidos por "el Lord" o por el General Graham, los que terca y cínicamente rechazaron siempre que fueran sus tropas las que provocaron el incendio, negando igualmente la realidad del saqueo que sus hombres llevaron a cabo.

Como la Historia la escriben los vencedores, aunque España

figuraba entre ellos, quedó tan postrada tras cinco años de guerra y de sistemático saqueo, que ni sus mediocres Plenipotenciarios en Viena hicieron esfuerzo alguno para que este y otros hechos vergonzosos tuvieran su justificada indemnización, ni sus historiadores recalcaron como se merecía la vergonzosa conducta de nuestros aliados. Por ello debieron los donostiarras recurrir a sí mismos para levantar la nueva Ciudad, quedando tan sólo de los crueles días de la liberación de 1813 el nombre de una calle y un leve recuerdo.